

## DUODECIMA NOCHE.

### LAS VENTAJAS DE LA NOCHE Y DE LA SOLEDAD.

No conoce los nobles pensamientos  
De la virtud, los impetus sublimes  
Del ingenio, y los tiernos sentimientos  
Del corazon, el que engañado piensa  
Que el hombre solo está sin compañía.  
¡O tú infeliz que gimes  
En esta situacion! ¡Nunca has sabido  
Que aunque estés solo estás en una inmensa  
Sociedad, que si quieres á porfia  
Contribuirá á tenerte entretenido?  
Dios, la razon, que nunca se te ausentan,  
¡Tan despreciable trato te presentan?  
Escucha atento sus conversaciones.  
¡Qué sublimes que son! ¡Qué tanta dulzura  
En ellas notarás, y qué lecciones!  
Al paso que te vayas apartando  
Del mundo, se te irán aproximando.  
Pasado el soplo que esta vida dura,  
Nos abandona todo lo visible,  
Y solamente Dios y la conciencia

Subsisten para el hombre. ¡Cuán terrible  
Será para este entónces encontrarse  
Solo, y sin experiencia  
Con entrambos objetos, y encararse  
Con ellos sin haberlos conocido  
Hasta aquel punto, el verse allí abatido,  
Y de los dos como extrangero y necio,  
Mirado con horror y con desprecio!  
Démonos prisa, pues, á conciliarnos  
Su amistad, y su amparo asegurarnos,  
Uniéndolos con lazo indisoluble  
Y eterno á entrambos. Ya ni la voluble  
Fortuna puede, ó el mundo presentarnos  
Bienes nuevos. Si acaso alguna cosa  
Me queda que desear, será un amigo;  
¡Mas de qué servirá si le consigo?  
No hay otra pretension mas peligrosa.  
Si muere ántes que yo, ¡qué tanto lamento  
Exálará mi pecho enternecido?  
¡Gran consuelo es tenerlo! ¡Cruel tormento  
El haberlo tenido!  
¡Nada tengo que ver con vuestros sueños,  
Poetas insensatos, embriagados  
Por la fortuna, y del error guiados,  
Que huis de la luz pura  
De la austera razon, y con risueños  
Rostros, con bulliciosa ligereza,  
Las banderas seguis de la locura,

Y os dexais hechizar de la belleza  
 Falsa con que os convida  
 La ilusion pasagera de esta vida!  
 Entre vuestros delirios licenciosos,  
 Con estruendo invocais continuamente  
 Al astro refulgente,  
 Que en cercos luminosos  
 Devana días y años, celebrando  
 A su luz clara en cantos de alegría  
 Los falsos gozos que esta tierra cria,  
 Sin cesar, aunque vaya desmayando  
 La voz, hasta que esten vuestros sentidos  
 Baxo de la mortaja ya extinguidos.  
 Yo al contrario, á la obscura noche llamo,  
 Su sagrado silencio y quietud amo.  
 Mi canto no es alegre ni ruidoso,  
 Ni mi ingenio pretende el vergonzoso  
 Honor de traspasar el arreglado  
 Coto que la razon ha señalado.  
 Hartas veces las musas de vergüenza  
 Se han corrido, al mirar la desvergüenza  
 De sus hijos, al ver que envilecidos  
 Han llegado á abogar por los sentidos,  
 Realzar pretendiendo su baxeza,  
 E igualarla del alma á la nobleza.  
 ¡Acaso el cielo dió á la poesía  
 El mágico poder, la melodía,  
 Para que al vicio se prostituyese,

Y de atractiva máscara cubriese  
 Su semblante disforme y espantoso?(a)  
 Y de este lastimoso  
 Freqüente abuso, ¡quál es el origen?  
 Son dos inclinaciones  
 Contrarias, que arraigadas  
 Dentro de los humanos corazones,  
 Disputan su dominio, y los dirigen  
 Tirando cada qual con extremadas  
 Fuerzas, hácia dos términos opuestos.  
 La soberbia, qual águila altanera,  
 Siempre anida en los mas sublimes puestos,  
 Y gusta de volar por las alturas;  
 El deleyte al contrario, por la esfera  
 De la tierra arrastrando á sus anchuras  
 Sin elevarse nunca, se reputa  
 Por bienaventurado si disfruta  
 De los mas torpes brutos las groseras  
 Sensaciones. El hombre justamente  
 Vano y sensible quiere conservarse  
 En su clase, y á un tiempo deleytarse:  
 Con el alma subir á las primeras  
 Alturas, y arrastrar continuamente  
 Con el cuerpo en el polvo de los vicios;  
 Mas cómo, si el deleyte es demasiado  
 Grosero, y solo al cuerpo acomodado,  
 Del alma ofende la delicadeza,  
 ¡Qué hace el hombre? Se vale de artificios;

De su talento abusa para hacernos  
 Juzgar el vicio amable, y escondernos  
 Toda su fealdad y su baxeza.  
 Su agudo ingenio, qual Sofista diestro,  
 Trastorna la razon de tal manera,  
 Que no es la que ántes era,  
 Sino una vil esclava, aduladora  
 Del apetito nuestro,  
 De todos sus excesos protectora.  
 Aquel charlatan vivo y trapacero,  
 Con prestigios y embustes alucina  
 De tal modo nuestra alma, que no atina,  
 Cercada de ilusiones, el sendero  
 De la virtud, y traga complacida  
 El veneno gustoso:  
 Lánguida, blandamente adormecida,  
 Pierde su natural serio y brioso,  
 Y poco á poco se familiariza  
 Con el vicio agradable que la hechiza,  
 Hasta que de sí misma trascordada,  
 Dulcemente con él queda abrazada.  
 Olvida hasta su misma altanería:  
 No la chocha lo que ántes la ofendía:  
 El hombre ya, perdido el sentimiento,  
 A todas las maldades se abandona.  
 No conoce lo que es remordimiento,  
 Y sus excesos sin vergüenza abona.  
 ¡Arte fatal y horrible, que corrompe

Las costumbres, el noble velo rompe  
 Del natural pudor, y da una frente  
 De bronce al hombre, en que jamas asoma  
 Del honor el hermoso colorido,  
 Sino el vicio insolente!  
 El escritor á la maldad vendido  
 Que esto consigue, el parabien se toma  
 De su infame victoria. Se abalanza  
 La maldad á arrancar á la alabanza  
 El premio á la virtud sola debido.  
 ¡De cuánto libro el mundo no ha inundado  
 Este moral funesto y depravado?  
 ¡Cuánto mas numerosos  
 Son los Apologistas que defienden  
 A los sentidos, que los que animosos  
 Vindican la razon! Por todas partes  
 Los ingenios extienden,  
 Para cubrir del vicio los horrores,  
 Sobre sus manchas primorosas flores.  
 Las Musas licenciosas de mil artes  
 Se valen. Sueltan con la mano impura  
 Aun de las castas gracias la cintura  
 Con tanta indiferencia,  
 Como quando al divino  
 Baco ofrecen, pidiendo su asistencia,  
 Alegres copas de encendido vino.  
 ¡Cómo puede la pluma magestuosa  
 Del ingenio sufrir el deshonorarse

Con tanto escrito infame, y consagrarse  
 A una inmortalidad tan vergonzosa?  
 Mas no hemos de envolver en la censura  
 De estos autores tan perjudiciales,  
 A los Poetas que guardan su decoro.  
 Aunque hay sirenas, cuya boca impura  
 Celebra el vicio, hay Musas celestiales,  
 Que saben entonar en liras de oro  
 De la virtud severa los acentos.  
 ;Cuán digna de respeto es la que mira  
 Con desden el espacio limitado  
 De las edades, en que el mundo gira  
 Qual punto imperceptible; con violentos  
 Esfuerzos se abalanza de este punto,  
 A ver y exáminar el dilatado  
 Y brillante universo, ese conjunto  
 De orbes, y levantarse gradualmente  
 A Dios, de todo ser eterna fuente!  
 Quando á esta última altura  
 Ha llegado á subir el pensamiento,  
 No obstante, la extension de la materia  
 Del orbe y su magnífica figura,  
 Conoce que es todo él una miseria,  
 Respecto á este portento  
 Del moral universo ya patente.  
 Sabe pues ;O Lorenzo! que mi tema  
 De lo que piensas es muy diferente.  
 No esperes encontrar en mi poema

Las vanas diversiones,  
 Ni ménos respirar el venenoso  
 Hálito abrasador de las pasiones.  
 No verás que aquí el vicio sea aplaudido,  
 Ni el verdadero bien desconocido,  
 Ni envueltas en estilo licencioso  
 Aquellas fabulosas  
 Imágenes, aquellas deliciosas  
 Pinturas y pasages hechiceros,  
 Que la invencion y el gusto primoroso  
 Producen de los Poetas lisonjeros.  
 Hallarás sí, importantes instrucciones,  
 Pinturas venerables, descripciones  
 Sublimes, y verdades prodigiosas,  
 Que de la eternidad al alma mia  
 Baxan, la inmensidad atravesando  
 De ese nocturno velo  
 Condensado de sombras espantosas,  
 Cuya melancolía,  
 Las remotas estrellas centelleando  
 Aclaran, desde el mas remoto cielo;  
 Al paso que en silencio mas profundo  
 Que el de la muerte, está dormido el mundo.  
 Hallarás en mis versos pensamientos  
 En verdades eternas cimentados,  
 Que vendrán en los últimos momentos  
 De tu vida, sin ser por tí llamados,  
 A presentarse á tu alma temeraria.

¡O noche, ya tu tinta tenebrosa  
 Ennegrece los quadros que dibuxo,  
 Al paso que el influxo  
 De mi melancolía, á sus colores  
 Tristes añade todos sus horrores!  
 No obstante ¡O turba loca y juguetona  
 De hombres, que no vivis sino es riendo,  
 Si vuestra razon ciega no abandona  
 Lo que mas os importa, yo confio  
 Que me oigais, el bullicio suspendiendo,  
 Y os embelese el serio canto mio!  
 Mas si lo despreciais, estas verdades  
 Serán por los juiciosos recogidas,  
 Y allá en las soledades  
 Del corazon, darán á mis acentos  
 Intimas alabanzas repetidas;  
 Recompensa mas noble y mas preciosa  
 Para el alma de acierto deseosa,  
 Que del mundo los vanos cumplimientos.  
 Aquel baxo escritor, que limitando  
 El fruto de sus obras á su gloria,  
 Solo á este fin su empeño ha dirigido,  
 Jamas merece la menor memoria.  
 Por una vana sombra suspirando  
 De un eco pasajero entretenido,  
 Añade un tonto mas con sus conatos  
 Al número infinito de insensatos.  
 No son así ¡O Litchfield! tus alabanzas,

Solas pueden vencer mis esperanzas,  
 Pues sé que la justicia las reparte,  
 Y no de la lisonja el falaz arte.  
 Y no sospeches que si aspiro á tanto,  
 Solo sobre mi audacia me levanto.  
 Nuestra amada Narcisa á esto me alienta,  
 Nuestra digo, pues sabes que te unia  
 A ella la sangre, y mas la simpatía  
 De la virtud. Narcisa es, pues, la que ahora  
 Magestiosa y contenta,  
 Desde el pensil florido  
 En que habita, descende, se presenta  
 A tí, y para mi Musa el voto implora.  
 No rezeles que emprenda el merecido  
 Elogio tuyo, mas si lo perdono,  
 Al Excelso dirijo el alto tono.  
 ¡O padre universal de quanto existe,  
 Que ántes de dar á luz cielos y tierra,  
 Y quanto en su extension vasta se encierra,  
 Como tiernos embriones,  
 En tu seno escondido los tuviste;  
 Tú que la serie de revoluciones  
 Del futuro universo dispusiste,  
 Viéndolas desde entónces ya presentes!—  
 ¡Es tu invisible mano por ventura,  
 La que me ha puesto junto á los corrientes  
 Cristales de esta fuente, que mas pura  
 Que la otra de Castalia celebrada,

Me da á beber un néctar delicioso,  
 E inspira un entusiasmo milagroso  
 A mi alma que la tiene embriagada?  
 ¡O es alguno de aquellos celestiales  
 Ministros, que piadoso has destinado  
 A cuidar de la paz de los mortales,  
 A apartar de sus almas los intentos  
 Villanos, y los vanos pensamientos,  
 Para que aspiren siempre á un elevado  
 Término, á unos objetos inmortales?  
 Aun está muy distante de apagarse  
 Mi sed de la verdad, aunque ha logrado  
 Mi alma tanto tiempo hace remontarse  
 Del moral universo á las alturas,  
 Que hasta ahora con tu auxilio ha registrado,  
 Gozosa contemplando sus seguras  
 Riquezas, á las luces moderadas  
 Que arrojan las estrellas apartadas.  
 Con efecto, la luz pura y tranquila  
 De las estrellas, sirve qual ninguna  
 A alumbrar al ingenio. La oportuna  
 Noche los pensamientos despavila.  
 Su obscuridad profunda  
 De luces interiores nos inunda,  
 Y los ojos del alma abre y aclara ;  
 Mientras que el sol el horizonte dora  
 Desde el carro de fuego, la algazara  
 Del mundo, el movimiento de la vida

Tienen tan fatigada y aturdida  
 Al alma, que de sí ya no es señora.  
 La demasiada claridad la ciega.  
 Confusa, á todos lados empujada,  
 Y por la muchedumbre atropellada,  
 Léjos de la razon se hunde y anega  
 En el inquieto mar de los sentidos.  
 Meramente pasiva, adormecidos  
 Sus talentos, no tiene mas idea  
 Que la que ellos la inspiran. Si desea  
 Producir otra, al punto interrumpe,  
 Antes de madurar es destruida.  
 Mas llegada la noche el alma encuentra  
 Su libertad de nuevo ; totalmente  
 Goza de sí, y en sí se reconcentra.  
 Tranquiliza el silencio sus pasiones,  
 Sus pensamientos mas interiormente  
 En el corazon quieto recogidos,  
 Hacen en él profundas impresiones ;  
 Libre de la opresion de los sentidos,  
 Ya el alma como esclava no recibe  
 De ellos las leyes. Ella se prescribe  
 A su libre eleccion sus pensamientos,  
 Y ordena de su plan los fundamentos :  
 Ya á la extension del mundo no limita  
 Su actividad, osada solicita  
 Remontando su vuelo,  
 Dexar atras la inmensidad del cielo,

Abatiéndose solo hácia la tierra  
 Cuando se halla cansada. Así el Piloto  
 De una larga derrota fatigado,  
 Cuando cesa el soplar del fiero noto,  
 En el fondo del mar la áncora afierra,  
 Y logra estar un rato descansado.  
 Cuando la noche el negro velo tiende,  
 Sé me figura que el Excelso extiende  
 La sombra de su brazo, entre los vanos  
 Objetos de la tierra y los humanos,  
 Para que no los miren. Al instante  
 Huye de nuestra vista el inconstante  
 Teatro del mundo. Está ya dividido  
 De nosotros por un desierto inmenso.  
 A tal distancia llega á nuestro oído  
 De aquel mar tumultuoso el ruido intenso,  
 Como un débil susurro, confundido  
 En la extension del ayre, y sin rezelo  
 Podemos contemplar sus apartados  
 Escollos, sus naufragios continuados.  
 En tales horas de perfecta calma,  
 A nosotros se acerca el alto cielo,  
 Y con su mismo Dios conversa el alma.  
 Dentro de nuestro propio ser tenemos  
 El universo que estudiar debemos.  
 Baxa á él el alma, y como soberana,  
 Rodeada de sus fieles consejeros,  
 Sobre el trono se sienta

De la conciencia. En su imparcial romana  
 Pesa lo que ha pasado, y hace cuenta  
 Tambien de los sucesos venideros.  
 Sin disimulo allí sus faltas mira.  
 Ya no defiende al vicio la mentira.  
 En aquel tribunal se ve desnudo,  
 Sin los falsos colores que de día  
 Tiene, y con que á menudo  
 Al hombre mas sensato descarria.  
 La obscuridad los borra, como borra  
 Los de las demas cosas, y lo vuelve  
 Negro como ellas. Estas tutelares  
 Sombras son un asilo siempre abierto,  
 Donde á abrigarse la inocencia corra.  
 En él á la razon se la devuelve  
 Su imperio, y los derechos regulares  
 Sobre el humano corazon despierto,  
 Que la escucha callando. El Ateista  
 Con el silencio de la noche obscura,  
 Se llega á rezelar que Dios exista:  
 En este mismo tiempo una alma pura  
 Su divina presencia casi siente.  
 ¡O noche, tierna amiga  
 Del hombre y la virtud, tu sombra abriga  
 A entrambos y los une nuevamente!  
 La virtud delicada, quanto hermosa,  
 No puede entre la turba bulliciosa  
 De los hombres mezclarse,

Sin que su endeble y fragil existencia  
 Padezca alguna cosa.  
 Rara vez los pies pone en la asquerosa  
 Basura de este mundo sin mancharse.  
 Son pocos los que guardan la inocencia  
 De la mañana hasta que acabe el día,  
 Limpia y libre de toda bastardía.  
 Siempre en este intervalo distraido,  
 Se introduce algun vano sentimiento,  
 Se borra algun virtuoso pensamiento:  
 Esta resolucion se echa en olvido;  
 O aquella sugestion ya rechazada,  
 Vuelve á atacarnos nuevamente armada.  
 ¿Y puede esto dexar de acontecernos?  
 La claridad, el movimiento, el ruido,  
 La vista del concurso tumultuoso  
 De tanto hombre, de tanto diferente  
 Objeto nos precisan á distraernos,  
 Y arrastran, qual torrente presuroso,  
 Léjos de sí aun al hombre mas prudente.  
 El alma toda, vagabunda, errante,  
 Se evapora y disipa en un instante.  
 Su gobierno doméstico, y su puesto  
 Abandona, dexando al hombre expuesto,  
 Desnudo y sin defensa á los temidos  
 Tiros del vicio y del exemplo unidos.  
 Es el exemplo un seductor mañoso,  
 Que usa desde el principio de tal arte,

Que á nuestra razon pone de su parte;  
 Y el vicio con tal furia nos embiste,  
 Que el hombre mas juicioso,  
 Dificilmente á su ímpetu resiste.  
 Enciende á la ambicion el mismo fuego  
 De la ambicion. Qual peste la codicia  
 De un corazon en otro se propaga.  
 Igualmente se pega la malicia  
 De la fiera perfidia. El amor ciego  
 Con su aficion intensa,  
 A los torpes deleytes nos entrega;  
 Y en fin todos nos cercan de una densa  
 Nube, de modo que quando alentamos,  
 Contagiosa ponzoña respiramos.  
 Con semblante risueño  
 Enseña el hombre cruel al que es humano,  
 A ser como él un bárbaro tirano.  
 Como á otro leño un encendido leño,  
 Una pasion á la otra comunica  
 La llama abrasadora,  
 Y el incendio de suerte multiplica,  
 Que el mas helado corazon devora.  
 Una casual ojeada,  
 Sin malicia encontrada,  
 Produxo en mas de un pecho de repente  
 De una impura aficion la fiebre ardiente,  
 O las palpitaciones dolorosas  
 Del odio y de los zelos.



Los ojos, los oídos  
 Rodeados de ocasiones peligrosas,  
 No pueden explayarse sin rezelos  
 De perderse. Por todos los sentidos  
 Está expuesta nuestra alma á un precipicio.  
 En esta escuela pública del vicio  
 Y del error, nos vemos precisados  
 A optar en dos papeles encontrados,  
 Que son el de censor, ó el de obediente  
 Discípulo. No hay medio, todo humano  
 O se ha de declarar por un ardiente  
 Enemigo del vicio, ó por villano  
 Cómplice suyo. Turba lo primero  
 Nuestra paz, lo segundo  
 Mancha nuestra inocencia.  
 Siempre la concurrencia  
 De los hombres será el despeñadero  
 Del justo en este mundo.  
 Por esto todo sabio ansioso aspira  
 Naturalmente á hallarse donde mora  
 El silencio; la sombra le enamora,  
 Y por la dulce soledad suspira.  
 Dios fabricó la noche y sus lumbreras,  
 Para elevar nuestra alma,  
 Encender el ingenio, y con su calma  
 Tranquila, conservarnos  
 Las semillas primeras  
 Del noble amor á la sabiduría,

Que en nuestro corazón poner quería:  
 Nosotros en lugar de conformarnos  
 Con su justo designio, temerarios,  
 Con esfuerzos contrarios,  
 Sus benéficos planes destruimos,  
 Y contra él aun sus dones convertimos.  
 Hace el hombre del velo magestuoso  
 Que cubre el orbe capa acomodada,  
 Para ocultar su proceder vicioso,  
 Y dar aliento á la intención malvada.  
 Huye el perverso de la luz del día:  
 Oculta mientras dura su monstruoso  
 Semblante. El asesino, el bandolero,  
 Descansan en sus cuevas hasta tanto  
 Que las sombras les hagan compañía.  
 Ahora velan unidos,  
 Y persiguen con ímpetu ligero  
 Sus víctimas. Los astros con espanto  
 Los ven andar erguidos  
 Entre la obscuridad, cuyos horrores  
 Crecen con sus maldades y furores.  
 El ladrón que ha azechado al avariento,  
 Quando á la escasa luz del alto coro  
 De estrellas enterraba su tesoro,  
 Lo desentierra. Se acostó contento,  
 Pensando en él su dueño;  
 Se hallará pobre al despertar del sueño!  
 A esta hora los proyectos maliciosos

Y las conspiraciones  
 Sordas despiertan, y sus horrorosos  
 Designios solo á las tinieblas fian.  
 Entre ellas, léjos de la luz amplian  
 Los fieros planes de revoluciones;  
 Y de devastacion ya combinados,  
 Los negros atentados  
 Que han de inundar en sangre las regiones.  
 Ve aquí el momento mismo en que se arrojan  
 Los hijos del deleyte á sus horribles  
 Excesos, y juzgándose invisibles  
 Con las sombras, despojan  
 La vergüenza y temor enteramente:  
 A esta hora.—¿He de callar, ó publicarlo?  
 ¿Para qué son los rayos si á vengarlo  
 No acuden? Ahora mismo aquel malvado  
 Adúltero se sube alegremente  
 Al tálamo nupcial del inocente  
 Amigo que ha engañado.  
 Con el suceso su osadía crece,  
 Y á su Dios y á los hombres escarnece.  
 Así siempre insensatos los mortales,  
 A la deidad y á sí mismos se oponen.  
 Pues quando necios sin reparo alguno,  
 A la vista del cielo casta exponen  
 Desnudos sus delitos mas bestiales,  
 Tiemblan de que importuno  
 Otro mortal en ellos los sorprenda.

¡O bóveda nocturna y estupenda!  
 ¡O astros hermosos! ¿Fuisteis por ventura  
 Hechos para servir á las maldades?  
 ¿Mezcláis vuestras dudosas claridades  
 Con las tinieblas de la noche obscura,  
 Para guiar el puñal seguramente,  
 Al paso que ella oculta delinqüente?  
 Pero olvidemos estos perniciosos  
 Insectos que entre sombras arrastrando  
 Se nutren de alimentos venenosos,  
 La quietud de las noches infestando.  
 En tiempos hubo otros sublimes hombres,  
 Que disfrutar supiéron de su amable  
 Silencio, y hacer de él uso admirable.  
 Estos sabios antiguos, cuyos nombres  
 Sobreviven al tiempo, ilumináron  
 Al humano linage, y conversáron  
 Con los nocturnos astros, recogiendo  
 Sus respuestas sublimes, y atendiendo  
 A las altas lecciones que les daban.  
 Platon, y el otro sabio de Estagira  
 Tulio, y el Cordobés que el orbe admira,  
 Por el inmenso cielo se paseaban,  
 Qual si inmortales fueran, y sacaban  
 De allí el alma ilustrada y persuadida  
 A un entero desprecio de esta vida.  
 Estos héroes mortales visitaban  
 A la eterna verdad, miéntras cubría

La obscuridad el mundo. Este elevado  
 Trato sus corazones encendia,  
 Abriéndolos un campo dilatado  
 De ideas y esperanzas inmortales.  
 De estas conversaciones celestiales  
 Volvian con valor á la carrera  
 De la vida, instruyendo á los humanos  
 De los altos arcanos  
 Que prueban su grandeza verdadera.  
 Es cierto que estos sabios que enseñaron  
 A los demas, de vanidad perdidos,  
 Ni fuéron á sus Dios agradecidos,  
 Ni sus propias lecciones practicáron ;  
 Mas fué por no seguir las luces puras,  
 Con que la noche guia  
 Al cielo por las sendas mas seguras,  
 A aquel que humilde en su Hacedor confia.  
 Desde su nacimiento fué la luna  
 Una lámpara grata y oportuna,  
 Del sabio á las vigillias destinada.  
 Su claridad tranquila y moderada,  
 La escondida verdad le hace patente,  
 Sin poder ofuscarle. Penetremos  
 Al retiro de aquel sabio eminente  
 Sócrates, que perdió vida y reposo  
 Por la unidad de Dios. Exâminemos  
 Lo que hace en él, hasta que conjurado  
 El pueblo, con un vaso venenoso

Dé á su mérito el pago acostumbrado.  
 Miéntas que por temor de distraerle  
 Sobre él los astros en silencio ruedan,  
 Y á veces para verle  
 Inmóviles se quedan ;  
 Sigue su alma tranquila sus tareas,  
 Y escucha atenta á la sabiduría  
 Que imprime dentro de ella las ideas  
 Mas sublimes de la filosofia.  
 Miéntas la soledad augusta dura  
 De la noche, repara qué engolfado  
 Está en sus reflexiones.  
 En la misma postura  
 Hasta otro día le verás clavado.  
 La clara luz de la rosada aurora,  
 Le causa las mayores desazones.  
 Mas ya el sol importuno va saliendo  
 De las marinas ondas, y encendido  
 Los altos montes dora ;  
 Vuelven las parlerías y el estruendo  
 A despertar el orbe adormecido :  
 La claridad sobrada y turbulenta,  
 Ofusca ya la luz tranquila y pura,  
 Que el interior del sabio iluminaba ;  
 Vanamente se apura  
 En resistir con fuerza á su violenta  
 Impresion ; con dolor se ve arrastrado  
 De aquella soledad, que le hechizaba

Al tumulto del mundo alborotado,  
 Gocen de los alegres resplandores  
 Que esparce el sol brillante,  
 Canten en hora buena sus loores  
 Las naciones que habitan las riberas  
 Del Indo, y la inconstante  
 Turba de necios que aman las ligeras  
 Vanidades del mundo,  
 Que á mí la obscura noche me parece  
 Que tiene un no sé qué de mas divino  
 Y augusto, que el primer lugar merece.  
 ¡ Salve, pues, ó profundo  
 Y nocturno silencio á que me inclino !  
 ¡ Resto único del tiempo, libertado  
 Del funesto destrozo de los dias,  
 O dulce media noche, te saludo !  
 ¡ O cómo inundas las entrañas mías  
 Del contento mas puro y sosegado !  
 Mi corazon desnudo  
 Del velo que su vista deslumbraba,  
 Libre y gozoso tu belleza alaba.  
 No, tus tinieblas léjos de tenerme  
 Aprisionado, forman un gracioso  
 Cómodo pabellon donde poderme  
 Pasear gozando un fresco delicioso.  
 ¡ Obscuridad fecunda y agradable,  
 Quál nacen por sí mismos á tu sombra  
 Mis pensamientos, y á tu favorable

Abrigo corren todos á ampararse !  
 La luz viva del dia los asombra  
 Y los desmaya. Es harto diferente  
 El resplandor que alumbrá interiormente  
 Nuestra alma, del que vemos derramarse  
 Del astro ardiente que gobierna el dia.  
 No saca de él su luz el pensamiento ;  
 La bebe sí de aquella mar de fuego  
 Inmensa y apacible, que existia  
 Por sí ántes de los siglos, y que luego  
 Al mundo dió la vida y movimiento,  
 Del empíreo en que habita  
 La celestial Urania, cuyo amparo  
 Mi Musa con anhelo solicita.  
 Ella la deidad es de mis acentos,  
 No se desdeña, baja sin reparo  
 Miéntas dura la noche á visitarme.  
 ¡ Con qué presteza, si se desordena  
 El hervor de mis libres pensamientos,  
 Severa y útilmente lo refrena !  
 Ya en este instante acude á despertarme  
 Del delirio en que hasta ahora embebecido,  
 De la noche el encanto me ha tenido.  
 Viene ¡ ay de mí : á sacarme de la calma  
 Que disfrutaba ; y precisar á mi alma  
 A que contemple atenta,  
 Otro objeto fatal que desalienta  
 Mi constancia, y me llena de amargura.

¡ De Narcisa la triste sepultura !  
 ¡ Qué presto vuelvo á verme sumergido  
 En un mar de tristeza !  
 ¡ Y será acaso natural flaqueza  
 La que al dolor me tiene tan rendido,  
 O algun vapor mortal que dexa helada  
 Mi sangre, y en las venas estancada ?  
 ¡ Estan los demas hombres por ventura,  
 Expuestos como yo á la suerte dura,  
 De pasar de repente  
 De uno á otro extremo? Sí—Seguramente:  
 No hay cosa mas variable,  
 Mas desigual que el hombre. Ahora volamos  
 Serenos á una altura imponderable,  
 Y dentro de un momento,  
 A un hondo abismo nos precipitamos.  
 Pretender permanencia es vano intento  
 Que excede nuestras fuerzas. ¡ O qué caro  
 Paga el alma su pobre alojamiento !  
 ¡ Qué papel tan ridículo y tan raro  
 Hace nuestra razon quando pretende  
 Aconsejarnos ! No logra otra cosa  
 Que hacernos mas penosa  
 La dura sensacion de nuestros males.  
 La doctrina que expende  
 Nos demuestra que somos desiguales  
 A ellos en fuerzas, y nuestra impotencia  
 Es total para hacerles resistencia.

Por mas que sea nuestra alma valerosa,  
 En vano en esta esfera tenebrosa  
 De incesantes tormentas combatida  
 Lucha, y se o pone con empeño fuerte  
 A los fieros asaltos de la suerte.  
 Cada momento mas desfallecida,  
 Se agita y se atormenta, sin que pueda  
 Sobre sus crueles penas elevarse,  
 Y si un instante encima de ellas rueda,  
 Luego sin dilacion vuelve á abismarse.  
 Nuestra gloria consiste en que sigamos  
 Forcejeando en subir, sin que cedamos  
 Aunque mil veces de ellas oprimidos,  
 Nos veamos en su fondo sumergidos. y  
 Es inútil buscar en los humanos,  
 Atributos que sean sobrehumanos.  
 Cada dia desmiente la experiencia  
 La soberbia de nuestros pensamientos,  
 La prevision de nuestra vana ciencia,  
 Y abate todos nuestros monumentos  
 Y glorias sin dexarles subsistencia.  
 Yo que hace un breve instante habia escapado  
 Del sepulcro, en que tanto tiempo hacia  
 Mi pensamiento estaba cautivado,  
 En fuerza del dolor que le oprimia.  
 Yo que entónces las alas sacudiendo  
 A la region etérea me arrojaba,  
 Que á la estrellada bóveda subiendo,

A mis desgracias superior me hallaba:  
 Y las eternas puertas de la gloria  
 Abriendo á los humanos, los llamaba  
 Haciéndoles su dicha á la memoria,  
 Todas mis fuerzas ya perdidas siento.  
 Se me va la cabeza.

Caygo aturdido desde el alto asiento  
 A un abismo profundo de tristeza:  
 Mas en él no he de estar me sepultado.  
 ¡ Infeliz quien jamas conoció el lloro!  
 Sé sacar de mi llanto un gran tesoro.  
 Jamas imito al mal aconsejado  
 Que no coge otro fruto  
 De la tristeza, que el tormento y luto.  
 Despreciando sus bienes indecibles,  
 Sus penas desperdicia inútilmente.  
 La suerte en vano agota sus terribles  
 Golpes sobre él; jamas será prudente.

---

NOTA.

(a) El ingenio á veces es un verdadero gentil que diviniza la materia mas vil, y va á buscar los deleytes en el cieno mas corrompido. El deleyte, volando rastrero como la alondra, construye siempre su nido sobre la superficie de la tierra. El deleyte y la soberbia, enemigos mortales por naturaleza, y

destinados á hacerse una guerra perpetua en el corazon del hombre, se reconcilian mediante los artificios del ingenio, hacen entre sí una paz funesta, y dándose la mano, entregan el hombre á la disolucion, disfrazada ya con las apariencias del primor y de la alegría.

O. S. C. S. R. E.